

GIROS NEGROS

Compromiso con la modestia

Desde hace por lo menos un cuarto de siglo, la literatura empezó a perder influencia en la opinión pública, y cada día aumenta el número de escritores renuentes a participar en el debate político, así sea en forma indirecta. Los géneros de minorías, como la poesía lírica o el ensayo literario, jamás han pretendido cambiar el mundo, y por lo tanto, sus cultivadores pueden ver con indiferencia, o incluso con gusto, el arrinconamiento de las letras en la esfera del arte puro. Pero la novela sí pierde mucho cuando da la espalda a la opinión pública, o cuando sus enemigos ignoros la excluyen de ese terreno, pues los mejores novelistas no sólo buscan seducir al lector, sino convencerlo de que una historia vivida por personajes ficticios le concierne en su doble dimensión de ser humano y sujeto social. Por ello no es de sorprender que Mario Vargas Llosa, el novelista de lengua española que ha explorado con más inteligencia y pasión el espacio imaginario donde se articulan lo público y lo privado, repruebe la tendencia de los nuevos escritores a despolitizar la literatura.

En una conferencia dictada el año pasado en el Tec de Monterrey, ahora recogida en libro (*Literatura y política*, Ariel, 2002), Vargas Llosa lanza una voz de alarma: “La literatura de nuestro tiempo, la de los más jóvenes –advierte–, se ha apartado de la política a grado tal, que en muchos casos ésta es totalmente negada, y si se asoma en ella, lo hace como una actividad mediocre, pedestre, muchas veces ruin. Quienes pensaron alguna vez que podían cambiar la vida, la historia, escribiendo novelas o poemas, parecen, desde la perspectiva de los escritores contemporáneos, cultores de la literatura *light*, ingenuos, vanidosos o idealistas totalmente desconectados de la realidad.” En efecto, buena parte de la literatura juvenil contemporánea es apolítica, nihilista, decadente y superficial, pero antes de condenarla en bloque, valdría la pena preguntarse por qué los nuevos escritores detestan la figura del escritor comprometido. Sin descartar sus impulsos parricidas, ¿no tendrán buenas razones para desconfiar de los escritores erigidos en líderes de opinión?

Hace tiempo que dejé de ser una joven promesa, pero conozco lo suficiente a los autores novicios para entender las causas de su conducta. En primer lugar, el escritor que sube a la palestra para intervenir en política, y nunca se baja de ella, inspira desconfianza a las nuevas generaciones por presentarse como un todólogo en una época de creciente especialización. Muy pocos literatos comprometidos saben algo de economía, de derecho o de administración pública y sin embargo, se atreven a opinar sobre todas esas materias, como

si fueran doctores en ciencias sociales. Cuando un escritor no aporta ideas al debate político, pero aprovecha cualquier foro para exhibir la nobleza de sus intenciones, cae bajo la sospecha de actuar movido por un afán protagónico. Esto lo entienden muy bien los jóvenes escritores, y me parece injusto censurarlos por su modestia. En América Latina, los santos politizados han perdido credibilidad por su inveterada costumbre de adherirse a las corrientes de opinión que pueden redituales mayor popularidad. Si los nuevos escritores son alérgicos a esa forma de vedetismo y no aspiran a figurar en las páginas editoriales de los diarios, quizá debamos felicitarlos por ello.

Lo que sí puede empobrecer la literatura es la renuncia del escritor a influir en la opinión pública tangencialmente, como lo han hecho Vargas Llosa y los grandes novelistas de todas las épocas. A veces, las obras literarias pueden agitar las conciencias con más fuerza que las disertaciones de los mejores politólogos e historiadores, pero esto sucede, por lo general, cuando el escritor conoce sus limitaciones y no pretende saber más que los sabios. Para observar los efectos de una dictadura o de una crisis económica en la vida privada de los hombres, no hace falta un doctorado en ciencia política: hay que tener empatía, oficio narrativo, intuición para tomarle el pulso a una sociedad y agudeza en la observación del carácter. En la España de Carlos V había una clara línea divisoria entre los arbitristas, autores de tratados políticos que buscaban incidir directamente en la conducción del imperio, y los narradores que se fingían apolíticos y declaraban no tener mayor ambición que entretener al lector. Sin embargo, las propuestas de los arbitristas nunca tuvieron la repercusión social del *Lazarillo de Tormes*, una obra maestra de la ironía política, cuyo narrador y protagonista, obligado a cometer toda clase de fechorías para calmar el hambre, jamás formula una queja contra el orden establecido, pero al final de la novela comenta con fingido entusiasmo: “Esto fue en el año en que nuestro victorioso emperador entró en esta insigne ciudad de Toledo y tuvo en ella Cortes y se hicieron grandes festejos.” Con una sola frase cargada de malicia, la única de la novela donde se contextualiza la acción, las desventuras privadas del antihéroe adquieren una dimensión pública.

Si esta sutil y velada manera de exhibir las fisuras entre el poder y la sociedad cayera en desuso, no sólo la literatura quedaría mutilada: también la opinión pública, pues los reportajes y los estudios académicos configuran una circunstancia histórico-social, pero la novela reconstruye la experiencia humana que da relieve y sentido a ese paisaje de fondo. —